

EL FUMADOR DE PIPA

por

MARTIN ARMSTRONG

¿Fue realmente asesinado el reverendo Baxter?

Corrientemente no me importa caminar bajo la lluvia, pero en aquella ocasión el agua caía a torrentes y aun me faltaban quince kilómetros para llegar a donde me dirigía. Por eso me detuve en la primera casa, situada a cosa de kilómetro y medio del pueblo, y eché un vistazo por encima de la cerca del jardín.

El aspecto del edificio no era muy prometedor, pues aparentemente estaba deshabitado. Todas las ventanas hallábanse cerradas, y ninguna de ellas tenía cortinas ni persianas. A través de una de las de la planta baja descubrí un aposento sin muebles, una chimenea vacía y un hogar sin lumbre. El jardín hallábase en perfecto estado salvaje, lleno de plantas parasitarias; a no ser por la cerca que lo separaba de la carretera, nadie hubiera creído que aquello pudiese ser un jardín.

Es fácil imaginar, pues, mi sorpresa, cuando de entre los altos arbustos vi salir un hombre que, con paso lento, avanzó hacia mí. Lo que más me sorprendió no fue precisamente que estuviera allí, sino que caminará descuidadamente bajo la lluvia, con la cabeza descubierta, sin impermeable ni paraguas. Era más bien gordo, vestido como un clérigo, de cabello gris, aunque en su mayor parte era calvo, recién afeitado. Lo más notable era la intensidad de su mirada. Al momento me fijé en que los brazos le colgaban inertes contra los costados.

Sus ropas, y, lo que le daba un aspecto

más extraño, su cara, chorreaba agua. No parecía darse, en absoluto, cuenta de ello. Pero yo sí notaba la lluvia, que me resbalaba ya por el cuello y la espina dorsal. Apresuradamente, dije:

—Usted perdone, ¿podría entrar a guarecerme?

Se detuvo sobresaltado y me miró interrogador.

—¿Guarecerse?—repitió.

—Sí—contesté.—Guarecerme de la lluvia.

—¡Ah, de la lluvia! Sí, sí, desde luego. Tenga la bondad de pasar.

Abrí la puerta de la valla y le seguí por el sendero hacia la entrada principal del edificio, donde se detuvo para invitarme a pasar, saludándome con una cortés inclinación.

—Temo que la casa no le parezca muy cómoda—dijo cuando estuvimos en el vestíbulo.—Sin embargo, siempre estará mejor que en la carretera. Por ahí, señor, por esa primera puerta a la izquierda.

La habitación era bastante amplia, y el fondo era semicircular, como una tribuna o mirador, protegida por cristales que formaban cinco ventanas que daban al jardín. La estancia estaba vacía a excepción de una mesa y un banco. En un extremo, cerca de la puerta, veíase otra mesita con una lámpara apagada encima de ella.

—Por favor, siéntese—me dijo, indicándome el banco. En sus modales y manera de hablar había una anticuada cortesía. El